

COMUNICACIÓN POPULAR
Continuidades, transformaciones y desafíos
(POPULAR COMMUNICATION: Continuities, transformations and challenges)

María Cristina Mata

Directora Maestría en Comunicación y
Cultura Contemporánea,
Centro de Estudios Avanzados,
Universidad Nacional de Córdoba
maritamata@gmail.com

Resumen

Tanto en los espacios académicos como entre las organizaciones y movimientos sociales e incluso a nivel de ámbitos del estado, la problemática de la comunicación popular vuelve a plantearse con un interés e insistencia que había perdido en los últimos tiempos. Sin pretender o postular ninguna necesaria continuidad histórica con lo que llegó a denominarse “modelo latinoamericano” de comunicación, el artículo revisa algunos aspectos claves para comprender el sentido y alcance que tuvieron esas prácticas en América Latina, rescatando reflexiones y debates a veces olvidados. Tras ese recorrido, en el marco del renovado escenario que produjo en Argentina la aprobación de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, el artículo propone un conjunto de pistas para pensar las actuales articulaciones entre la comunicación y las prácticas políticas emancipatorias, retomando las búsquedas de la comunicación popular desde la perspectiva de la ciudadanía”.

Palabras clave

Comunicación popular - movimientos sociales - democratización - ciudadanía.

Abstract

In academic spaces as well as in between organizations, social movements, and even in areas of the government, the problematic about *popular communication* re-emerges with an interest and insistence that had lost in recent times. Without intending or proposing any historic continuity with what was known as "latin american model " of communication, the article reviews some key aspects to understand the meaning and scope of these practices in Latin America, recovering reflections and debates sometimes forgotten. Following this tour, under a renewed scenario that occurred in Argentina after the adoption of the new Law on Audiovisual Communication Services, the article proposes a set of clues to think about the actual articulations in between communication and the emancipatory political practices, reconsidering the quest of *comunicación popular* from a citizenship perspective.

Key words

Popular communication - social movements - democratization - citizenship.

Introducción

Hace poco tiempo, al celebrarse la Asamblea Mundial de la Asociación Mundial de Radios Comunitarias (AMARC), la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata organizó una serie de entrevistas públicas –de diálogos públicos– entre algunos participantes de la asamblea con docentes de la Facultad. Me tocó protagonizar uno de esos espacios con la conducción de Jorge Huergo y Cecilia Ceraso, colegas que transitan desde hace mucho tiempo los caminos de la comunicación vinculada a las prácticas educativas, organizativas y políticas. Ellos me propusieron, entre otras cosas, recordar algunas escenas iniciales de lo que en América Latina se dio en llamar la comunicación popular y reflexionar sobre su actualidad. Este artículo no es de ninguna manera una reproducción o síntesis de aquel diálogo. Sin embargo, porque me sentí eficazmente interpelada por sus preguntas, pensé adecuado recuperar aquí algunas de las ideas que compartí entonces relejendo, además, textos escritos ya hace más de veinte años en nuestro continente, en momentos en que la problemática de la democratización de la sociedad y la comunicación adquiría particular relevancia en numerosos países de la región, luego de aciagos tiempos dictatoriales (Gonzaga Motta, 1983:13).

Creo que el actual contexto político cultural que vivimos en nuestro país y en otras sociedades latinoamericanas, habilita la interrogación sobre las continuidades y rupturas o transformaciones en el terreno de las prácticas sociales emancipatorias y los desafíos que ellas suscitan en el terreno de la comunicación. Seguramente será ésta una exposición parcial; quiero decir, quedarán múltiples aspectos involucrados referidos a la comunicación popular sin abordar. Reflexionaré sobre aquellos que han sido objeto de mis mayores preocupaciones. Por eso, los trayectos que trazo a continuación son sólo eso, sendas posibles para transitar la cuestión que seguramente deben ser complementadas por otros caminos y miradas. Y como de interrogación se trata, luego de dar cuenta de esos trayectos expondré un conjunto de desafíos que entreveo reflexionado la experiencia acumulada en el campo de la comunicación popular y articulándola con mis actuales trabajos en torno al derecho a la comunicación en clave política y de construcción de ciudadanía.

Trayectos

1. *La voz/ la palabra*

“En todas las sociedades aparentemente todos preservan el derecho de hablar. Pero ése es exactamente el gran engaño. Perdidas en la polvareda de las palabras que no dicen nada, los subalternos del trabajo deshumanizado y del poder arbitrario pierden en el aparente poder cotidiano de poder decir casi todo, el derecho de pronunciar justamente las únicas pocas palabras que hablan a todos el sentido y las reglas del código del mundo donde viven” (Carlos Rodríguez Brandão, *El poder de la palabra*).

La posibilidad de hablar, de expresarse, fue una de las dimensiones constitutivas de lo que se dio en llamar comunicación popular.

Hubo un tiempo inaugural de esas prácticas en América Latina, en que el pueblo fue nominado como “los sin voz”. Desde algunas perspectivas, sin voz se asociaba a alienación; a imposibilidad de reconocer el extrañamiento que el sistema de explotación capitalista producía tanto respecto del fruto del trabajo apropiado como de los valores,

ideas y tradiciones de los grupos excluidos del poder –indígenas, campesinos, obreros-. No tener voz equivalía a haber perdido la palabra propia –esas únicas pocas palabras sustantivas a las que se refería Rodríguez Brandão en un seminario organizado a fines de 1983 sobre “Comunicación Popular Educativa” por CIESPAL– y su recuperación se alentaba desde innumerables prácticas comunicativas como camino para la liberación de toda opresión.

Resuenan en esa concepción los pronunciamientos de la iglesia católica latinoamericana en la conferencia episcopal realizada en Medellín en 1968, el posterior pensamiento y la práctica de los teólogos de la liberación, de las comunidades cristianas de base, de sacerdotes, pastores y laicos de diferentes iglesias que hicieron de la educación y la comunicación popular una dimensión indisociable de su compromiso evangélico. Y resuenan también las enseñanzas del primer Paulo Freire y su educación liberadora.

Pero también por aquellos tiempos –los primeros años de la década del 70 del pasado siglo-, la idea de una mayoría “sin voz” a la cual debía dársele, fue discutida y revisada. Se argumentaba que postular que los explotados y marginados no tenían voz era desconocer una palabra que se revelaba en sus prácticas, en su capacidad de organización y de lucha. Una lucha que tenía carácter gremial, social y político y que pese a muchas y generalizadas derrotas posteriores, alumbró los años de sueños transformadores en casi todo nuestro continente. Pero también desconocer que esa palabra era modo de vivir, de imaginar, de soñar, de pensar. Una palabra dominada y resistente, por eso fragmentada y contradictoria, en la que estaban inscriptas tradiciones e historias.

Esa diferencia habilitó fecundos debates político culturales. Entre otras cosas discutimos en torno a la organicidad de intelectuales, militantes e instituciones religiosas y educativas con respecto a los sectores y organizaciones populares; en torno a las nociones de poder, alternatividad y hegemonía; en torno a las nociones de base y vanguardia; en torno a la cultura popular y las tecnologías. En esas discusiones resultaron fundamentales los aportes del pensamiento marxista, especialmente desde las numerosas lecturas de la obra de Antonio Gramsci.¹ Más allá de esa diferencia, la devolución de voz a los sin voz o el trabajo orientado a permitir que la voz del pueblo se escuchara, fructificó en innumerables experiencias que ensayaron un uso dispar y a veces contradictorio de tecnologías y medios de comunicación.

En todas ellas, y a pesar de esas disparidades, los recorridos de la comunicación popular latinoamericana hicieron eje en un silencio impuesto que debía ser roto. Esa ruptura aludía a poder pronunciar la palabra acallada por el poder económico y político expresado en los sistemas de explotación y los regímenes dictatoriales o las democracias autoritarias. Pero más complejamente aludía a cuestionar el poder de quienes en diferentes ámbitos establecían las reglas del juego del decir²: los que habilitaban o deslegitimaban voces, temas, lenguajes y modalidades expresivas en la casa y la escuela, en las organizaciones sociales, en los partidos políticos y en las iglesias, porque en múltiples espacios se ejercía el dominio y se buscaba someter a los más débiles y a quienes confrontaban el orden estatuido porque lo juzgaban injusto o insatisfactorio para sus necesidades, intereses y deseos.

Pronunciar la palabra acallada era hacerla audible, reconocible como legítima, entre los iguales, en la convicción de que ese hablar era fuente de reconocimiento, posibilidad de interacción y de construcción de acuerdos y proyectos comunes. Pero

¹ Tal como lo señala Regina Festa, una de las relecturas clásicas de Gramsci en este campo fue realizada tempranamente por el mexicano Gilberto Giménez (Festa, 1991: 70).

² Al respecto pueden revisarse “Lo que quiere decir hablar” y “El mercado lingüístico” (Bourdieu, 1990).

también era hacerla audible para los otros. Otros diferentes a quienes se interpelaba solicitando atención, solidaridad, apoyo para las propias causas porque se consideraba que ellas trascendían lo particular involucrando a todos, en busca de un mundo más justo. Y también audible para los otros con quienes se confrontaba y se disputaba el poder; esos otros ante quienes la palabra acallada hecha audible, se esgrimía como símbolo de existencia, de resistencia y de lucha. Como territorio de construcción del antagonismo y señal inequívoca de voluntad de poder. Por eso por aquellos años, Jesús Martín Barbero podía decir que

hablar de comunicación popular es hablar de comunicación en dos sentidos: de las clases populares entre sí (y cuando digo clases estoy entendiendo los grupos, las comunidades, incluso los individuos que viven una determinada situación de clase) pero estoy hablando también de la comunicación de las clases populares con la otra clase. Con aquella otra contra la cual se definen como subalternas, como dominadas (Martín Barbero, 1983: 5).

Hacer oír la palabra acallada significó poder pronunciarla en múltiples espacios y a través de diversas formas expresivas y de interacción. Pero en el marco de la mediatización de las sociedades, los medios masivos de comunicación se fueron convirtiendo progresivamente en espacio insoslayable y el poder hablar fue recubriéndose paulatinamente de otra acepción: poder hablar en esos medios; tener presencia en ellos.

Así, la comunicación popular fue saliendo de las zonas marginales y artesanales; la voz popular fortalecida en los ámbitos comunitarios y organizativos pugnó por alcanzar el escenario mayor donde se producía y regulaba incesantemente el discurso público. Las experiencias de medios masivos gestionados por organizaciones populares o instituciones aliadas a sus causas –las radios educativas y populares, las televisiones obreras, el cine documental alternativo– constituyeron en la década del 80 y de allí en más, acabadas muestras de ese proceso. Al mismo tiempo crecía la convicción de que incluso careciendo de medios propios, la voz acallada debía hacerse un lugar en el mercado mediático funcional al poder. Se habló entonces de las *brechas* existentes³. Se reconoció que esa voz debía dotarse de estrategias para interactuar en el espacio marcado por la voz de los dominadores interrumpiendo su monólogo, interfiriendo, confrontando: era necesario el aprendizaje de ciertos códigos, el empleo de recursos ajenos –la conferencia o el comunicado de prensa, por ejemplo-, el establecimiento de relaciones fluidas con algunos profesionales que desde esos medios podían compartir un horizonte común con quienes impugnaban el orden social existente.

Fueron incuestionables los avances logrados: una mayor visibilidad de la marginación; la inclusión en la agenda mediática de múltiples conflictos que antes se silenciaban y la irrupción en el sistema comunicativo –según la conceptualización realizada por entonces por Giselle Munizaga⁴– de movimientos que como el de los campesinos sin tierra, el de las mujeres, el de los migrantes, multiplicaron

³ Una expresión acuñada por el brasileño Carlos Eduardo Lins Da Silva para aludir a las contradicciones existentes dentro de la industria cultural y las posibilidades que ellas brindan para la comunicación de “contenidos divergentes de la ideología dominante” (Lins da Silva, 1981: 35).

⁴ “El sistema de comunicación está constituido por una red de oportunidades potenciales o actuales de hablas y por un discurso social que se produce y reproduce en ellas haciendo su operación posible [...] las hablas disponibles en una sociedad son el resultado de una práctica comunicativa en la cual están presentes los resortes del poder y del disciplinamiento social, a través del silenciamiento de zonas expresivas, el realce de otras y la jerarquización de todas” (Munizaga, 1983: 9 y 12).

polifónicamente la presencia de lo excluido del poder en diferentes ámbitos de la sociedad.

Pero esa presencia mediática masiva tuvo costos en el camino de quiebre del silencio. La palabra acallada tuvo que pronunciarse bajo nuevas condiciones y las discusiones que se suscitaron al respecto no llegaron en muchas ocasiones a despejar perspectivas contrapuestas o a permitir que se produjeran síntesis esclarecedoras.

He sostenido (Mata, 1991) y sostengo que en esas discusiones se eludieron algunas cuestiones que sin embargo fueron objeto de productivos aportes y debates durante la década del 80, tanto en el campo de los estudios de comunicación como en el marco de la teoría política. La distancia entre el mundo académico y las experiencias populares de comunicación produjo –salvo excepciones– una simplificación de problemas que sin la debida profundización aparecen una y otra vez como deudas pendientes.

Lo que no se asumió en toda su complejidad fueron las propias condiciones de existencia del habla popular, modelada históricamente por instituciones reguladoras como la familia, la escuela, el Estado, pero ya por aquellos años matizada como todas las hablas sociales por las tecnologías masivas de información. Si “hablar como lo que se es” (Mata, 1987: 216-229) significaba para muchos –mujeres, trabajadores explotados y hasta esclavizados, campesinos desposeídos, personas denigradas racialmente–, recuperar una posibilidad mutilada y perder el miedo a hacerse ver exhibiendo los mismos rasgos que determinaban su exclusión, “decir al mundo y al pueblo sus sufrimientos” equivalía a trastocar una distribución establecida de los cuerpos y de los bienes materiales y simbólicos. Ese tipo de expresiones aludían a la capacidad de actuar impugnando el orden excluyente y los discursos instauradores y justificadores de ese orden. Una capacidad que solía acarrear ataques y restricciones a los medios donde se desplegaba esa palabra identificatoria y adversativa y que, más allá de los niveles de popularidad y de los índices de audiencia que podían alcanzar, representaban islotes en el escenario masivo de comunicación (Mata, 1987). Esos islotes permitían, desde la diferencia, acrecentar la conciencia acerca de la concentración del poder hablar en pocos actores, instituciones y empresas. Pero también eran islas desde la dimensión de la vida cotidiana. Islas a las que se recurría en los momentos de lucha y movilización, a las que se acudía para defender sus transmisores hasta con la vida –como supo ocurrir en Radio Pío XII de Bolivia– pero a las que se abandonaba buscando otras costas para el entretenimiento, la ensoñación, el mirar un poco más allá de los límites que marcaban el territorio de iguales pobres o excluidos, para asomarse al mundo de los otros en que estaban ausentes. Porque en las sociedades mediatizadas, “hablar como lo que es” no puede poner entre paréntesis la condición de público de los medios masivos que es rasgo identitario colectivo e instancia de socialización.

En ese sentido, lo que también se desdibujaron y simplificaron, en muchas ocasiones, fueron las transformaciones del espacio público en las sociedades mediatizadas y organizadas bajo las lógicas neoliberales. La “tecnologización y ferialización” del espacio público (Sergio Caletti, 2000) la “involución del ámbito público-político” y el papel del mercado como nuevo articulador social (Norbert Lechner, 1982) fueron asumidos más como datos a criticar y/o lamentar, que como condiciones desde las cuales pensar los nuevos procesos de subjetivación y agregación colectiva, es decir, los lugares desde los que se produce el habla.

Junto a ello, se soslayaron un conjunto de problemas que las nuevas condiciones imponían para la expresión directa de la palabra popular. Entre nosotros, Aníbal Ford propuso lúcidamente análisis e interpretaciones acerca de las nuevas formas de notificación en los medios periodísticos y audiovisuales; acerca la necesidad de esos medios

de “acrecentar su credibilidad” a través de “información individualizada y aparentemente constatable”; acerca del crecimiento de “lo individual o micros social frente a lo macro o lo estructural” como dato fuerte de la cultura contemporánea (Ford, 1999: 245-287). Pero poco se reflexionó lo que esa lógica mediática, que exacerbaba la exhibición y visibilización individual y casuística, implicaba para la producción de un habla con capacidad de contradecirla disputando gramáticas y formatos. La imitación de “lo masivo” o su negación fueron las actitudes antagónicas e improductivas que muchas veces se asumieron. Pero también proliferaron discursos que proponiéndose como sintetizadores, significaron adhesiones veladas a los signos de los tiempos; es decir, a la conversión de la ruptura del silencio, de esa pulsión y convicción por hacerse escuchar, en exitosa estrategia de intervención en el mercado mediático.⁵

2. El conflicto/la construcción de poder

“[...] Decir comunicación popular es decir básicamente el conflicto [...] el conflicto histórico a través del cual lo popular se define en cuanto movimiento de resistencia, de impugnación de la dominación estructural en nuestra sociedad” (Jesús Martín Barbero, “Comunicación popular y los modelos transnacionales”).

En 1980, *Media Development*, la revista de la World Association for Christian Communication (WACC), dedicó un número a lo que llamaron “a Latin American Model”.⁶ Ese modelo era ni más ni menos que la comunicación popular, un concepto que según los editores de la publicación “enriquecería” la historia de la comunicación y que “en primer lugar, debe entenderse como una protesta social y política contra el individualismo, el materialismo y la alienación producidas por la sociedad occidental industrializada”.

Un tipo de comunicación que citando a Neville Jayaweera –por entonces director de investigaciones y planificación de la WACC–, definían como la práctica de “personas movilizadas por una experiencia común de opresión y desposesión, luchado para superar su aislamiento y estado de dependencia”.

Casi no existen conceptualizaciones de la comunicación popular producidas durante los años 70 y 80 en América Latina que no den cuenta de esa dimensión contenida en la necesidad del habla popular: un conflicto de naturaleza política. “Conjunto de procesos comunicativos que implican al menos tendencialmente el quiebre de la lógica de la dominación y se realizan desde el pueblo mismo”(Gilberto Giménez, 1978: 29); “prácticas comprometidas con el cambio social en aras de una transformación radical de la sociedad que libere a las clases populares de la opresión”

⁵ Ver, por ejemplo, las propuestas formuladas por José I. López Vigil (1993): “No tenemos vocación de perdedores. Queremos tener éxito en nuestro trabajo. Sí, éxito. Queremos aparecer en los ratings disputando los primeros lugares de audiencia. ¿Ganar audiencia es el objetivo? No, pero sin audiencia - sin mucha audiencia - no podemos lograr nuestro objetivo. ¿Que el rating no es la última palabra? Por supuesto que no. Pero sí la penúltima. Porque en radio, si no te escuchan, no existes. ¿En nombre de quién hablas, a quién representas? En la cultura masiva, el éxito no es el criterio de la verdad, pero sí su condición [...] Masividad de los receptores: hablar y hacer hablar a todos, los organizados y los despelotados. Y si a algún público debemos preferenciar en estos tiempos del cólera, si algún sector merece una especial atención, que sean los eternos marginados, los olvidados de siempre, tanto por las Iglesias como por las izquierdas. Me refiero a los discriminados por género, raza y especie. Por género: las mujeres. Por raza: los pueblos nativos. Por especie: la naturaleza, los animales y plantas en extinción, el planeta Gaia amenazado ya no por un botón nuclear, sino por las chimeneas de las fábricas y los tubos de escape de los automóviles. Las problemáticas feminista, indigenista y ecológica cobran una importancia decisiva para cualquier analista social. Y para cualquier comunicador con buen olfato”.

⁶ Vol XXVII, N° 3, Londres. La traducción de todas las citas es nuestra.

(Fernando Ossandón, 1984: 49); y podrían añadirse otras cuantas conceptualizaciones similares. En todas ellas, la comunicación popular no habla de medios, No se equivocaba Jayaweera, proveniente también él de un país de lo que entonces se denominaba Tercer Mundo, al hablar de personas, de experiencia, de lucha como dato distintivo de la comunicación popular latinoamericana.

En 1981, el argentino Máximo Simpson había compilado un libro editado en México por la Universidad Nacional Autónoma Metropolitana –*Comunicación alternativa y cambio social I. América Latina*–, que durante años fue referencia obligada entre los textos que daban cuenta de reflexiones y discusiones desarrolladas en nuestro continente en torno a numerosas iniciativas que vinculaban prácticas comunicativas con estrategias sociales y políticas transformadoras. Algunos años después, en 1987 y ya en Argentina, Simpson imaginó una reedición ampliada de aquel libro –que nunca se publicó– para el cual me solicitó la producción de un artículo en el cual retomé ideas de un texto escrito a fines de 1983, compartiendo la experiencia que habíamos desarrollado desde 1976 a 1982 en el Programa de Comunicación Popular de CELADEC (Mata, 1983: 76-79).

Apelé entonces a unos versos de Raimón, el cantautor catalán que decían:

Yo vengo de un silencio / antiguo y muy largo / de gente que va alzándose / desde el fondo de los siglos / de gente que llaman/ clases subalternas / Yo vengo de un silencio / que no es resignado... / que romperá la gente / que ahora quiere ser libre / y que ama la vida, / que exige las cosas / que le han negado.

Esos versos me servían para cuestionar una idea que consideraba persistía en nuestros países después de muchos años de prácticas y debates y que tendía a fortalecerse en el marco de los procesos de democratización de las sociedades luego de períodos dictatoriales. Una idea que se fortalecía al amparo de escuelas y facultades de comunicación, de proyectos gubernamentales y no gubernamentales de promoción y educación, y de los deseos de un buen número de comunicadores profesionales que sin perjuicio de contar con las mejores intenciones sociales y políticas, necesitaban ensanchar el estrecho campo laboral que se les ofrecía. Me refería a la idea según la cual la comunicación popular era una modalidad comunicativa tal como podían serlo la comunicación educativa, la científica, la masiva (la de los grande medios que constituyen la industria cultural), la participativa, la grupal, la audiovisual y así por el estilo. Cuestión de técnicas, como se advierte, o cuestión de áreas de aplicación, de alcance, de metodologías de producción. (Mata, 1987).

Contra esa idea, y sin minimizar los aspectos técnicos y metodológicos implicados en las prácticas, rescataba para la comunicación popular su condición de palabra asociada a organizaciones y movimientos colectivos de carácter popular que iba nombrando cuándo, dónde y cómo podía hacerlo, aquello que les impulsaba a reunirse y actuar: siempre unos derechos conculcados, unas necesidades insatisfechas, unas condiciones de vida inhumanas y/o represivas, unas ideas y propuestas para superar aquellas condiciones y situaciones. Es por esa misma razón que confrontando esas prácticas con las que en los llamados países centrales podían pensarse desde nociones como las de *underground communications* o *grass-root communications*, Martín Barbero plantearía que

en América Latina la comunicación popular es comunicación planteada en términos de las mayorías [...] dominadas, y por tanto ligada no solamente a un fenómeno de contracultura, y mucho menos a un fenómeno de marginalidad, sino ligada a los movimientos sociales, a los procesos de dominación y de réplica a la dominación, y por

tanto atravesada por un proyecto, o al menos, por un movimiento de lucha política (Martín Barbero, 1983: 5).

Insistía Martín Barbero en aquella entrevista, que no se trataba de que la comunicación popular se “vinculara a” los movimientos sociales; se trataba de que ella no era tal –no podía denominarse como tal- si “aún con toda la carga de ambigüedad, de complicidad y de contradicciones, no está inserta en movimientos sociales [...] cualquier tipo de movimiento que genera solidaridad, que genera conciencia, que genera capacidad de decisión, defensa de los intereses y de la identidad de una colectividad” (Martín Barbero, 1983: 7).

Una inserción, “en la creación de actores que en continuidad con el pasado, puedan ir dotando al pueblo de una identidad propia y de una vocación hegemónica (al momento contra hegemónica) sobre la sociedad en su conjunto” (Ossandón 1984:50), que él mismo conceptualizaría como *organicidad*: “organicidad respecto de los sectores populares –en los cuales descansa su legitimidad y, al menos en parte, su sustentación material– organicidad respecto de un proyecto democrático y popular de transformación social” (Ossandón, 1984: 53).⁷

Inserción y organicidad fueron los rasgos decisivos de la politicidad de la comunicación popular como lugar de expresión del conflicto y de búsquedas de articulaciones capaces de construir espacios de poder, lugar de expresión de la opresión y la subalternidad y de visibilización y discusión de ideas, proposiciones, modos organizativos y prácticas tendientes a revertirlas.

Por eso podían reconocerse como prácticas de comunicación popular iniciativas muy diversas. El “modelo latinoamericano” se caracterizaba por su variedad y pluralidad justamente en función de ese enraizamiento específico. En la “constitución del pueblo como sujeto histórico” intervenían distintos tipos y momentos de prácticas comunicativas –por ejemplo de “resistencia defensiva” y de “afirmación de identidad” (Gonzaga Motta, 1982)–, diferentes tipos de estrategias –interacciones presenciales, medios escritos, audiovisuales, grupales, masivos– diferentes tipos de experiencias que desde siempre hicieron de la comunicación popular una experiencia de alianzas. Porque contra ciertos reduccionismos y fundamentalismos –que también los hubo– lo popular era más que una definición socio económica o una adscripción de ciertos sectores a una clase definida teórica y políticamente; era el nombre que asumía un proyecto de emancipación que se pensaba y construía, en cada realidad, con actores variados. Con actores que, pese a sus diferencias sectoriales e incluso institucionales, encontraban en sus prácticas comunicativas y políticas elementos de identificación y posibilidades de acción conjunta.⁸

Pero también fueron esos dos rasgos, la inserción y organicidad de la comunicación popular, los que intervinieron en dos movimientos aparentemente paradójales que esas prácticas comenzaron a experimentar desde mediados de la década del 80 y que se expresarían en reformulaciones y transformaciones significativas durante los años 90.

⁷ En Colombia, Hernando Martínez también desarrollaría ideas semejantes: “Ese es el reto que se le presenta a la comunicación popular: concebirse como elemento de un proceso más amplio y crear, inventar, las formas de insertarse en él sin pretensiones de generarlo” (Martínez, 1982: 153)

⁸ En 1983, invitada a participar en el *Segundo Seminario de la comisión de comunicación de CLACSO*, que se realizó en Buenos Aires y que tuvo como temática la comunicación y culturas populares en América Latina, produce un texto en el que reflexioné acerca del sentimiento de propiedad que sectores populares podían experimentar respecto de medios cuyos dueños eran, por ejemplo, instituciones eclesiales (Mata, 1987: 216-229).

Por un lado esas prácticas fueron parte de “diversos procesos renovadores en la construcción del movimiento popular” (Ossandón, 1984: 56) como motores o expresión de iniciativas –incluso muy conflictivas– asociadas al cuestionamiento del poder autoritario o antidemocrático en el propio seno de organizaciones populares y dentro de instituciones que impedían la participación igualitaria en la toma de decisiones. El papel de los dirigentes y las bases, las formas de representación carentes de legitimidad, la restricción de discursos interpeladores de variadas ortodoxias, fueron algunas de las problemáticas que las prácticas de comunicación popular permitieron someter a discusión menos desde confrontaciones teóricas y más desde la cotidianeidad de su desarrollo en el cual la problemática de la participación había adquirido centralidad.

En relación con ello, el sociólogo peruano Henry Pease, quien había dirigido DESCO (Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo), institución relevante para el campo de la educación y la comunicación popular no sólo a nivel nacional sino latinoamericano, condensaba refiriéndose a su país una situación bastante generalizada en el continente:

En este tiempo intenso y para muchos desconcertante, se ha hecho presente en la escena un nuevo sujeto de la política. Lo que se ha definido como "movimiento popular" en estos años desarrolla una dinámica propia donde la protesta espontánea se reúne con esfuerzos silenciosos y pacientes de organización y educación popular que provienen de los partidos, de simpatizantes de izquierda que no militan en éstos, de "promotores" de la Iglesia progresista, etc. Nuevas formas de organización, presencia significativa de otras clases subalternas junto con la clase obrera y cuestionamiento desde abajo a lo que es la práctica tradicional de los partidos, constituyen un rico almacén de interrogantes para repensar lo que significa hacer política, lo que implica un proyecto revolucionario que se apoye en grandes masas y abandone el vanguardismo tradicional, que es la forma en que se concebía la organización política (Pease, 1983: 34)

Por otro lado, la inserción y organicidad de esas prácticas fue la razón por la cual no escaparon de las graves crisis que experimentaron organizaciones sociales y movimientos populares a partir de derrotas políticas, de las consiguientes discusiones y revisiones que ellas suscitaron y de la instalación del modelo neoliberal que desde la economía impuso su matriz a nivel político y cultural.

Una investigación continental sobre vigencia e incidencia de las radios populares realizada por ALER (Asociación Latinoamericana de Educación radiofónica) durante 1999 fue tal vez el esfuerzo más sistemático para revelar el alcance de esa crisis. El informe del estudio (Geerts y van Oeyen, 2001) está precedido significativamente por una frase pronunciada por Simón Bolívar en 1830: “Un desengaño vale más que mil ilusiones”. En él se daba cuenta de las marcas que en esas prácticas comunicativas habían dejado el quiebre de proyectos revolucionarios nacionales y sus referentes políticos e ideológicos, los regímenes democráticos carentes de legitimidad, los ajustes económicos –achicamiento de los estados nacionales, privatizaciones, endeudamiento de países y empobrecimiento y desempleo creciente de las poblaciones incluyendo sus sectores medios–, la pérdida de esperanzas en proyectos colectivos y un notorio avance de comportamientos individualistas, el retroceso ideológico de actores como la iglesia católica, los procesos crecientes de concentración de medios de comunicación. El informe daba cuenta además, de las transformaciones políticas a las que en términos generales aludía Henry Pease, y que se consideraban “signos de esperanza”: el surgimiento de numerosos movimientos articulados en torno a necesidades insatisfechas y derechos conculcados pero también en torno a la voluntad de repensar el orden

político-cultural; algo que se ponía de manifiesto en el fortalecimiento de la problemática de los derechos humanos, en las discusiones de género, identitarias y étnicas, en la reconceptualización de cuestiones como la democracia y la ciudadanía.

Es posible leer en ese texto, así como en muchas reflexiones centradas en realidades nacionales realizadas durante la década del 90, la necesidad de buscar nuevas inserciones y organicidades; es decir, de buscar nuevas alianzas y estrategias de acercamiento a esos nuevos actores comprometidos con la transformación social. Además, es posible leer la necesidad de revisar concepciones en torno a las subjetividades, las dimensiones sensibles de las interacciones humanas, la articulación de lo público y lo privado, que se reconocían como insuficientemente atendidas en prácticas y proyectos que, entre otros déficits, habían parcelado la experiencia humana y social desde visiones reductivas de lo político.

Pero también se produjeron, por aquellos años, movimientos que caracterizo como fugas hacia adelante. Las revisiones autocríticas, los cuestionamientos políticos y conceptuales dieron lugar, en ocasiones, a corrimientos que desvanecieron el horizonte de emancipación radical contenido en las prácticas de comunicación popular. No es mucho –mejor sería decir casi nada– lo que se ha hecho académicamente desde los estudios de comunicación y desde otras áreas, para comprender esos corrimientos y apreciar sus consecuencias; para percibir, por ejemplo, de qué manera operaron en ellos las constricciones derivadas de las fuentes de financiamiento que contribuían a sustentar las prácticas de numerosas instituciones dedicadas a la promoción de la comunicación popular y alternativa. Pero también para percibir los efectos de las visiones “pospolíticas” (Chantal Mouffe, 2007: 9) que se desarrollaron en el campo de la teoría social y el pensamiento político. Las ideas consensualistas y el dialogismo racional como sustentos del afianzamiento democrático y del entendimiento humano; la superación de las agudas desigualdades mediante procesos de participación y vigilancia social y mediante estrategias descentralizadoras del poder estatal; la “ciudadanía” y la “sociedad civil” concebidos como espacios de agregación, expresión de las diferencias e integración (Rosa M. Alfaro, 1997: 9) se expresaron desde algunas instituciones y prácticas no sólo en cambios terminológicos sino en una suerte de *socialización* de la comunicación popular en detrimento de su *politicidad*.⁹

A pesar de ello, existieron instituciones, organizaciones, prácticas e intelectuales del campo de la educación, la comunicación y la teoría social y política que promovieron y continúan promoviendo lecturas críticas de anteriores desarrollos de la comunicación popular cuando, como lo explicité ya hace un tiempo (Mata, 2011) ante la

⁹ En 1997, el CEAAL (Consejo de Educación de Adultos de América Latina) y la Asociación de Comunicadores Sociales Calandria, de Perú publicaron *Escenografías para el diálogo*, un texto que daba cuenta de un proceso de discusión que ese Consejo había iniciado en 1994 en torno a la problemática comunicación, cultura y política que aspiraba a: “encontrar el papel y la importancia que hoy adquiere la comunicación en las formaciones y cambios culturales como en las transformaciones políticas, examinando la contribución que ésta puede brindar al desarrollo de la democracia” (ACS. Calandria, 1997: 7) Se trata a mi juicio de un texto paradigmático ya que tanto en el prólogo como en varios capítulos es posible reconocer la fuerte asociación de la comunicación participativa y dialógica con las ideas de desarrollo en términos de convivencia y progreso democrático, así como las ideas de democracia concebida en términos “de consenso y reconciliación”. Ello, siguiendo entre otros teóricos políticos a Chantal Mouffe implica la negación, como “condición *sine que non* para un efectivo ejercicio de la democracia” de la “creación de una esfera pública vibrante de lucha ‘agonista’ donde puedan confrontarse diferentes proyectos políticos hegemónicos” (Mouffe, 2007: 11). Otro texto a consultar, específicamente referido a las derivaciones de la comunicación popular y alternativa, es *Otra Brújula. Innovaciones en comunicación y desarrollo*, de Rosa María Alfaro.

caída teórica y práctica del pueblo, como sujeto político transformador preconstituido, se impuso la necesidad –también teórica y práctica- de pensar los procesos de subjetivación y de constitución de actores políticos; cuando ante el avance de las concepciones políticas consensualistas y deliberativas, la palabra adversativa de las alternativas comunicacionales pareció tener que diluirse en cauces de pluralidad y reconocimiento de las diferencias, so pena de ser acusada de anti-democrática.

Algunas muestras nos involucran directamente como país dado que en ambos espacios han tenido y tienen un papel relevante organizaciones y medios de comunicación argentinos. Me refiero a las últimas asambleas de dos organismos vinculados a la radiodifusión popular y comunitaria: la de ALER, realizada en Quito, Ecuador en 2009 y la de AMARC (Asociación Mundial de Radios Comunitarias) realizada en La Plata en 2010. En los seminarios, conferencias, paneles y debates desarrollados como parte de esas asambleas, la problemática de la construcción del poder, de la lucha por la hegemonía en las sociedades democráticas, constituyó un eje central. Pero muestra de ello es también es el papel jugado por una enorme cantidad de medios populares y comunitarios en las confrontaciones que se han producido y producen en nuestro continente con los sectores económicos y políticos que en muchas realidades buscan detener los avances democráticos que se expresan en la restauración del papel del estado como articulador de la sociedad contra la hegemonía del mercado, la recuperación de iniciativas de soberanía nacional, la defensa de recursos naturales estratégicos contra la voracidad de empresas transnacionales, la lucha por los derechos de comunidades étnicas y migrantes, la lucha por los derechos a la comunicación contra los monopolios mediáticos¹⁰. Y muestra de ello es también la persecución y estigmatización que se sigue produciendo en nuestro continente contra los esfuerzos de producir otra comunicación, como puede leerse en el Informe Final (2010) *Diversidad y Pluralismo en la Radiodifusión*, producido por el Programa de Legislaciones y Derecho a la Comunicación de la regional latinoamericana de AMARC, recientemente dado a conocer, en el cual se registran detalladamente las agresiones sufridas por medios comunitarios y la criminalización a que son sometidos medios no autorizados en diversos países de la región (AMARC, 2011: 51-64).

3. Espacios/técnicas/medios

Las modalidades en que las palabras acalladas y excluidas podían hacerse audibles representaron, en las experiencias de comunicación popular un tema permanente de invención y debate.

El sistema de comunicación constituido por medios masivos funcionales a los poderes económicos y políticos hegemónicos fue desde siempre un espacio que debía confrontarse. Existieron, en ese sentido, estrategias que apostaron a trabajar en sus márgenes en tanto postularon que la reversión del silencio sólo podía producirse en las interacciones grupales, donde podían eliminarse las distancias y supremacías de emisores versus receptores. Estrategias en las cuales sin querer se reproducían las concepciones más lineales e informacionales de la comunicación, asociando actividad comunicativa con producción de mensajes y negando la actividad comunicativa-cultural de los receptores; es decir, negando múltiples y variados procesos de producción de sentido que tienen lugar en cualquier tipo de relación o interacción comunicativa.

¹⁰ Vale destacar el papel jugado por organizaciones y medios de comunicación popular en el golpe de estado que se produjo en Honduras, el frustrado intento de golpe en Ecuador, la represión de pueblos indígenas peruanos que defienden la amazonía, entre otros.

La propia práctica de medios masivos que se autodefinieron y reconocieron como de “comunicación popular” y la reflexión teórica latinoamericana desde el campo de comunicación/cultura, destrabaron durante la segunda mitad de la década del 70 y los años 80 esas visiones y permitieron pensar la complejidad de esos procesos que acontecen en tramas que conjugan interacciones presenciales de carácter privado y público e interacciones mediadas técnicamente. Ello no minimizó las discusiones en torno a las tecnologías más o menos apropiadas para la expresión popular. Sobre todo porque existieron coyunturas que las promovieron. Una de las más significativas fue, sin dudas, la creación en 1976 de la Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de la Comunicación, que en 1980 produjo su informe acerca de un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (NOMIC) conocido como Informe Mac Bride¹¹.

Las prácticas de comunicación popular –también reconocidas y denominadas como alternativas– no tenían salvo casos excepcionales, vinculaciones con proyectos o políticas estatales y menos aún con los foros de carácter internacional donde esas políticas se debatían. Para la gran mayoría de esas experiencias, los debates y acciones en torno a un nuevo orden internacional de la información resultaban una problemática lejana y hasta cierto punto extraña y eran contadas las experiencias que comenzaban a preguntarse de qué modo las afectaba o podía afectarlas ese proceso de negociación intergubernamental que había comenzado a desarrollarse; de qué manera ellas eran consideradas gérmenes o ejemplos de modalidades democráticas y participativas de comunicación; o hasta qué punto su desarrollo podría verse dificultado por las propuestas y estrategias intergubernamentales que podían producirse en el marco de ese proceso¹².

En el prólogo de un libro editado por CELADEC poco tiempo después de que se aprobara el Informe Mac Bride, Alfredo Paiva, coordinador del programa de comunicación popular de esa institución señalaba que la raíz de esa situación debía buscarse en lo que por aquellos años Armand Mattelart había calificado como “actitud esquizofrénica” al abordar la problemática de la comunicación y que se expresaba en miradas que la parcelaban. Por un lado se analizaban los mecanismos de reproducción del poder; por otro se ensayaban respuestas, formas de trastocar ese poder. Pero entre ambos tipos de prácticas eran inusuales los puntos de contacto. Al mismo tiempo, una visión reduccionista del poder y la dominación llevaba a considerar lo alternativo como construcción sólo realizable en espacios “autónomos”, gestionados y controlados por las organizaciones populares –espacios de carácter micro o sumamente localizados muchas veces– e impracticable en terrenos “en disputa”, como solían serlo los medios masivos, las redes nacionales o internacionales de comunicación, el campo de las tecnologías informáticas que por entonces recién comenzaban a expandirse (Paiva, 1982: 10).

Para contrarrestar esa esquizofrenia se nos imponía analizar lo que el Informe Mac Bride leía en nuestras prácticas. Si bien al constituirse la Comisión encargada de su elaboración los debates se habían centrado en la problemática de los flujos de información mundial y alrededor de las agencias y redes informativas regionales e interestatales y las políticas nacionales de comunicación, paulatinamente se había ido operando un desplazamiento. Esas políticas fueron vinculándose la necesidad de crear

¹¹ Debido a que el periodista irlandés Sean Mac Bride, premio Nobel y premio Lenin de la paz, ex ministro de relaciones exteriores de Irlanda y fundador de Amnistía Internacional, coordinó dicha comisión.

¹² Condensado, en esta parte del artículo, una ponencia presentada en el Coloquio Internacional “Del Informe Mac Bride a la Sociedad de la Información” organizado por el Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile, incluido en el libro *Democratizar las comunicaciones*

alternativas que asegurasen la satisfacción de dos necesidades señaladas enfáticamente en el Informe: la democratización de la comunicación y la participación de la mayor cantidad posible de individuos en los procesos comunicativos.

Ese desplazamiento se reflejó en el texto del Informe y fue reconocido por algunos integrantes de la Comisión Mac Bride como una verdadera “legitimación” de las experiencias de comunicación alternativa. Ese hecho y la repercusión que la así denominada legitimación comenzaba a tener en diversos ámbitos institucionales – agencias de cooperación, centros de estudio, algunos organismos públicos– que acompañaban con diversos recursos el desarrollo de experiencias de comunicación popular, me llevó a producir un conjunto de reflexiones que expuse en un artículo del mencionado libro (Mata, 1982: 157-179). Me preguntaba entonces cuál era la “alternativa” legitimada por el Informe Mac Bride.

En las secciones destinadas a describir las experiencias alternativas, el Informe recurría a un conjunto de expresiones de por sí reveladoras del sentido que se les reconocía y atribuía.¹³ Se las definía como prácticas de “oposición a la comunicación oficial institucionalizada” y como prácticas “de sustitución”, “tribunas independientes de los cauces políticos y oficiales”, espacios para analizar problemas silenciados por los medios de comunicación. Sus actores, eran caracterizados como “grupos locales que quieren combatir el monopolio de los sistemas de comunicación verticales y centralizados”, como “minorías que antes vivían en un ghetto de comunicación” y que comenzaban a desarrollar sus capacidades, como grupos y partidos políticos disidentes, como jóvenes y marginales imaginativos. En ese sentido el Informe consideraba las alternativas comunicativas de sustitución y oposición eran respuestas a las verticalidad y deficiencias de los sistemas de comunicación existentes.

La faz propositiva del Informe Mac Bride guardaba total congruencia con esa caracterización de las experiencias alternativas.

Tras sostener que uno de los problemas centrales del orden informativo vigente consistía en “la exclusión de los medios de comunicación ordinarios de ciertas categorías subprivilegiadas de la población”, el Informe planteaba que para cientos de millones de personas la comunicación democrática era difícilmente realizable debido a la insuficiencia de medios de comunicación. De ahí que las vías propuestas para superar esas situaciones fuesen, por ejemplo: el estímulo de la producción de medios grupales para fomentar la expresión local “de proporciones humanas”, capaces de atraer a la comunicación a una mayor variedad de personas y deparar a cada individuo “privilegios” que normalmente están reservados a los profesionales; el desarrollo de redes horizontales de comunicación entre comunidades culturales y étnicas, entre los grupos que tienen en común “intereses sociales, profesionales, culturales y deportivos” y entre los individuos “de un mismo barrio o de un mismo entorno laboral”; el estímulo de procesos de descentralización de la comunicación masiva utilizando la radio local, la televisión y los sistemas de video de pequeño formato y de poco costo, así como el empleo de otras “tecnologías apropiadas” que deberían facilitar la producción de programas “en apoyo de las actividades de desarrollo de la comunidad y permitir una expresión cultural diversificada”; la promoción de “nuevas formas de participación del público en la gestión de los medios de comunicación social”.

Como advertí en aquel entonces, la exclusión de grandes mayorías sociales de los sistemas y medios de comunicación, se vinculaba en el texto del Informe con el proceso de concentración de tecnologías comunicativas en un número relativamente

¹³ Las palabras y expresiones entrecomilladas son textuales del Informe publicado como libro bajo el título *Un solo mundo. Voces múltiples. Comunicación e información en nuestro tiempo*. Fce- Unesco, México, 1980

reducido de países desarrollados y en un conjunto de empresas transnacionales, pero no se vinculaba explícitamente con el modelo económico y político hegemónico cuya reproducción se sustentaba, entre otras cosas, en la concentración y el control de la palabra y en un ordenamiento social antidemocrático e injusto. De tal suerte se vaciaba, con un análisis autoreferido al sistema comunicativo y con proposiciones en las cuales era evidente la impronta tecnológica, las complejas y ricas experiencias de comunicación popular que se desarrollaban en América Latina como parte de luchas sociales y políticas.

Era justamente la *politicidad* de la comunicación popular y alternativa la que se desleía en las caracterizaciones y proposiciones del Informe Mac Bride. A las luchas por lograr una palabra propia sostenida en la igualdad económica, social y política, a los esfuerzos por diseñar proyectos contra-hegemónicos, se les sobreponía una dimensión tecno-administrativa que identificaba el acceso a medios y tecnologías con acceso al poder ser y decir. Algo que Armand Mattelart había advertido años antes, en 1977, refiriéndose, por ejemplo, a la promoción de la televisión por cable en los Estados Unidos como tecnología apropiada para maquillar desigualdades y exclusiones sociales.¹⁴

Nuestra lectura de entonces fue observada por algunos integrantes de centros de estudio y oficinas de cooperación como “desproporcionada” en tanto confrontábamos un texto negociado, un documento de consenso internacional con prácticas que cuestionaban el orden estatuido. Nuestra desproporción, sin embargo, resultaba coincidente con la “inadecuación” observada por Cees Hamelink respecto de las medidas legales propuestas por el Informe para, en sus palabras, “contrarrestar el vasto poder político y económico ejercido por empresas transnacionales” (1982: 148). Desde la perspectiva de la economía política de la comunicación, tanto Hamelink como Herbert Schiller (1982: 39-52) percibían como lo hacíamos nosotros desde las prácticas de comunicación popular, los riesgos que conllevaba el equiparar la igualdad de derechos y oportunidades de expresión, indisociables de una efectiva democracia económica, política y social, con el incremento de recursos disponibles para “complementar” los sistemas concentrados y unidireccionales de comunicación.

Tal vez pueda pensarse que esa lectura que muchos hicimos del Informe implicaba negarle su valor. Y no es así. Valorábamos la entrada en la agenda pública de los problemas de la información y la comunicación desigual y valorábamos la potencialidad cuestionadora del Informe frente al discurso del poder, es decir, de ciertos estados y corporaciones. Pero el modo en que caracterizaba la comunicación alternativa y las propuestas que se formulaban en ese terreno nos demostraba sus limitaciones y, sobre todo, nos situaba en un escenario verdaderamente desafiante. Por un lado tuvimos que comenzar a hacer frente a una oleada de propuestas de cooperación que, aceptando proposiciones contenidas en el Informe, evaluaban el sentido y alcance de prácticas y proyectos de comunicación popular de acuerdo a su impacto o incidencia en el sistema comunicativo y no en función de los particulares procesos educativos, organizativos y reivindicativos que motivaban las experiencias de comunicación. Por otro, tuvimos que

¹⁴ “El tipo de operación que hace de un programa de televisión el eje de la organización comunitaria, se inscribe en la ofensiva desencadenada por ciertos grupos de poder, en el interior del sistema mismo, para instaurar un modelo diferente de comunicación que haga posible la ‘participación’ del público receptor en la emisión de los mensajes....Si la aplicación de esa tecnología sigue el trazado de las instituciones existentes, el proceso de ‘democratización’ de la comunicación de masas está asegurado contra toda veleidad de franquear las barreras del sistema sin por eso dejar de dar la ilusión de ‘darle la palabra’ a los administrados” (Mattelart, 1977: 213-214).

enfrentar unas ciertas ideas que esas proposiciones fortalecieron en el sentido de que la comunicación capaz de revertir desigualdades e injusticias, era la comunicación meramente local o entre iguales.

En ese sentido, el Informe Mac Bride y los procesos que sucedieron a su aprobación, intervinieron significativamente en fuertes debates, aprendizajes y transformaciones de la comunicación popular a partir de la segunda mitad de la década del 80 y durante los años 90. Porque revelaron la necesidad de reivindicar su sentido político pero obligaron a reconocer hasta qué punto una gran cantidad de prácticas se desarrollaban sin vincularse con la problemática más amplia de los sistemas informativos dominantes, en buena medida ensimismadas en lo micro o en cierta marginalidad, sin plantearse alternativas tecnológicas capaces de potenciar la disputa en el espacio público mediatizado.

Los temores a ser cooptados por los poseedores del saber tecnológico, la clara conciencia de que no existen tecnologías neutrales en tanto ellas posibilitan o restringen modos de interacción y de decir, marcó con fuerza muchos proyectos institucionales y suscitó significativos debates. Fueron debates sin los cuales una asociación como ALER nunca hubiese podido asumir que una de sus funciones consistía en convertirse en red de información y comunicación mediante el empleo de la tecnología satelital tanto a nivel continental como a niveles nacionales e inter-étnicos e inter-regionales. Y es útil recordar aquí que el diseño de ese proyecto insumió mucho tiempo porque fue fruto de múltiples correcciones determinadas por la necesidad de mantener las particularidades locales, por no resignarlas ante las ideas de eficiencia y normalización que la nueva tecnología implicaba, por la necesidad de desarrollar procesos formativos en cada emisora, por la necesidad de articular diferentes visiones y realidades políticas en el marco de una estrategia más global.

Al mismo tiempo, asumiendo que no sólo debían analizarse, criticarse y denunciarse los sistemas comunicativos cada vez más concentrados y centrales en la constitución de la esfera pública sino que se debía intervenir competitivamente en esa constitución, la comunicación popular, fue parte de los procesos de articulación nacional, regional e internacional que fueron protagonizando los movimientos populares. Las reflexiones sobre la globalización económica y cultural, sobre los procesos de desterritorialización y localización de problemas y confrontaciones, la necesidad de comprender y enfrentar lógicas económicas, políticas y culturales que atravesaban las fronteras, impulsaron una expansión de las prácticas. Las nociones de red y movimiento comenzaron a ser palabras cotidianas. Aún con diferentes concepciones y perspectivas, dependiendo del tipo de prácticas y de medios y también de orientaciones ideológicas, se fueron construyendo articulaciones informativas y culturales que revierten sobre lo local fortaleciendo las experiencias.¹⁵

¹⁵ Son conocidos los avances desarrollados por las organizaciones de radios populares y comunitarias. En el caso de ALER, se produce desde hace años un informativo latinoamericano diario –“Contacto Sur”– a partir de corresponsalías nacionales; se ha constituido la red “quechua” entre poblaciones de dicha etnia que habitan en Perú, Bolivia y Ecuador; en muchos países se producen cooperativamente informativos nacionales; recientemente se ha organizado una red de emisoras amazónicas en que intervienen radios de Ecuador, Perú y Brasil. En el caso de AMARC-ALC, la red informativa Púlsar se ha convertido en una fuente de noticias que enriquece el trabajo de emisoras locales. Pero también existen redes de documentalismo e iniciativas como la Comunidad Web de Movimientos Sociales y la Minga Informativa de Movimientos Sociales sustentadas en la convicción del valor estratégico de la comunicación en las prácticas políticas de esos movimientos.

No quisiera terminar este apartado sin indicar otra significativa transformación. Durante la década del 70 –y ya consigné que sigue ocurriendo en muchas realidades– los medios masivos, incluso los de alcance reducido que se autodefinían como medios de comunicación popular, sufrieron numerosas represiones y restricciones ante las cuales asumían posiciones defensivas sostenidas por lo general en la solidaridad de los movimientos e instituciones con quienes compartían los proyectos y búsquedas de transformación social. Esa más clara asunción de las dimensiones no marginales de las prácticas de comunicación popular y la restauración de los regímenes democráticos en buena parte del continente, las llevaron paulatinamente a modificar esas estrategias complementado el ejercicio cotidiano del derecho a la información y la comunicación con la reivindicación de ese derecho en términos jurídicos y legales. En alianza con otros sectores de la sociedad civil –entre ellos investigadores de la comunicación, juristas, instituciones académicas, organizaciones gremiales, de derechos humanos, colectivos artísticos y culturales–, en distintos países se fueron tejiendo produciendo propuestas que en algunos casos, como en Argentina o en Uruguay, permitieron avances significativos en el proceso de democratización de la comunicación.

En ese sentido, mientras continúan existiendo prácticas comunicativas populares grupales, locales, sectoriales, centradas en la necesidad de poder dotar de expresividad las desigualdades, diferencias y particularidades cuyo silenciamiento promueve y refuerza exclusiones sociales y políticas, existe un espacio expandido en el cual se busca intervenir produciendo cambios estratégicos.

Nuevos caminos

En ocasión de realizarse las asambleas de ALER y AMARC a las que ya hice referencia fui convocada a pensar continuidades y transformaciones de los radios populares. Retomo aquí algunas ideas compartidas y debatidas entonces.¹⁶ Es cierto que cada tipo de medios de comunicación, cada tipo de práctica comunicativa requiere y permite consideraciones específicas que no son necesariamente extrapolables a otras prácticas porque sus diferentes institucionalidades, lenguajes e historias tienen un peso decisivo a la hora de considerarlas como espacios de producción de la cultura y la hegemonía. Sin embargo, en tanto las reflexiones acerca de la comunicación radiofónica popular/comunitaria fueron hechas desde una perspectiva que interroga la dimensión política de la comunicación en nuestras actuales sociedades, ellas pueden funcionar a manera de pistas para pensar otras prácticas, otras modalidades de interacción y producción de sentidos.

Si algo confirmaron históricamente las prácticas de comunicación popular es que no se puede pensar la realidad y nombrarla con autonomía cuando a uno se le despoja de la palabra propia como ocurrió con los pueblos originarios, o cuando alguien es acallado es la esfera pública, como durante tanto tiempo nos ocurrió a las mujeres reducidas al habla hogareña siempre y cuando el amo de la casa lo permitiera. No se pueden colectivizar, poner en común necesidades y deseos para producir ideas acerca del modo en que se quiere vivir, cuando los espacios necesarios para esa puesta en común –las escuelas, las organizaciones políticas, los parlamentos, los medios de comunicación– están férreamente controlados por unos pocos que fijan temas, modos de actuar, de decir, de argumentar, de llegar a acuerdos. Por eso la comunicación popular comprendió y permitió profundizar la articulación de la constitución del poder/de los poderes, con la

¹⁶ La intervención en la asamblea de ALER fue publicada recientemente (Mata, 2010: 160-178).

capacidad de establecer las reglas del comunicar. Porque las luchas por el poder siempre han sido luchas por conquistar o reconquistar la palabra.

La construcción del poder en las sociedades capitalistas se asentó en la eliminación de la posibilidad de compartir igualitariamente los bienes y recursos de todo tipo excluyendo a grandes mayorías y muchas minorías del uso y disfrute de esos bienes pero más aún, de las decisiones respecto de esos bienes. Es por eso que en 2008, en medio de la realización de “La Cumbre de los Pueblos”, Boaventura de Sousa Santos decía: “No creo que se pueda cambiar el mundo sin tomar el poder”. Pero esa afirmación se completaba con otra bastante más compleja y desafiante. Decía de Sousa: “tampoco creo que podamos cambiar algo con el poder existente... debemos cambiar las lógicas del poder y para ello las luchas democráticas son cruciales”.¹⁷

De Sousa nos enfrenta así a la imposibilidad de imaginar un mundo diferente, unas sociedades igualitarias, plurales, inclusivas, cuidadosas de cada persona y del ambiente en que vivimos, sociedades en las que podamos actuar en libertad, sin modificar radicalmente el modo en que quienes integramos esas sociedades participamos en su definición y en su gobierno. Es decir, si entre otras cosas, no modificamos el sistema de catalogación de las personas como actores públicos legítimos o deslegitimados, si no se transforman los criterios y mecanismos de representación social y política; si no se alteran las prácticas económicas y culturales excluyentes; si no se alteran las prácticas que hacen de la democracia una formalidad electoral; si no construimos la posibilidad cierta de que todas las personas y grupos puedan opinar en igualdad de condiciones y contar y participar a la hora de decidir.

Las prácticas de comunicación popular, más allá de sus diferentes orígenes y perspectivas e incluso más allá de sus limitaciones, constituyen uno de los tantos modos que distintos colectivos, instituciones, organizaciones y movimientos desarrollan para cambiar las lógicas del poder que son también las lógicas de la comunicación hegemónica. Permitir que se escuchen voces silenciadas, intentar poner en agenda temas y problemas que otros medios de comunicación ocultan o soslayan, alentar expresiones culturales que el mercado desecha porque no son rentables, son algunas manifestaciones de esa búsqueda.

Pero contra cierta insularidad que supo caracterizar esas prácticas y medios es necesario pensarlas hoy como parte de una escena con múltiples y antagónicos protagonistas y que, aún variando en cada país, presenta algunas características que a mi juicio componen un marco bastante compartido desde el cual pensar los desafíos actuales: por un lado la renovada emergencia política de la cuestión de la ciudadanía tanto en los países llamados periféricos como en los llamados centrales; por otro, el lugar de las tecnologías y medios de información en la constitución del espacio público.

Contra una concepción jurídico-liberal de la ciudadanía que remite a derechos y deberes instituidos en normas constitucionales, se ha producido desde las teorías políticas y sociales una reconceptualización de la noción tras décadas de políticas neoliberales que achicaron los estados nacionales reduciéndolos a su mínima expresión y tras el quiebre de sistemas de representación política y sectorial encarnados en partidos y organizaciones reivindicativas e incluso, a partir de la necesidad de revitalizar esos sistemas. Como bien ha señalado Evelina Dagnino para el caso de Brasil –pero considero extensible a todo nuestro continente– la ciudadanía es una figura que “cobró prominencia en las últimas dos décadas al haberse reconocido en ella un arma crucial no sólo en la lucha contra la desigualdad y la exclusión social y económica sino también –y

¹⁷ www.constituyentessoberana.org/3/destacados

más importante aún- en la expansión de las concepciones dominantes de la política misma” (Dagnino, 2006: 387).

Es decir, en la luchas por la definición de lo que puede entenderse como “arena política: sus participantes, sus instituciones, sus procesos, sus proyectos” (Id.), y que por eso mismo permite revelar la politicidad de esferas antes consideradas como apolíticas como las relaciones de género, las diferencias generacionales y culturales, el terreno de la recreación, el del consumo, entre muchas otras.

En ese sentido, la ciudadanía no nombra al conjunto de individuos poseedores de derechos y obligaciones, actores pre-constituidos por las normativas existentes, sino una praxis: la capacidad de ser sujeto en todos los ámbitos en que se construye el poder y, por consiguiente, la participación pública en la elaboración de las reglas que, con validez de norma instituida o legitimada, tienen capacidad de ordenar la vida en sociedad. Esa conceptualización implica reconocer, como lo plantea el chileno Manuel Garretón (1995: 105), que “la gran contradicción contemporánea es que la multiplicidad de posibilidades de constitución de sujetos se enfrenta, sin embargo, a la apropiación – por parte de algunas naciones, Estados, empresas, instituciones, actores– de los instrumentos que permiten dicha constitución, como la riqueza, los conocimientos, el poder, la expresividad de lo subjetivo, la afectividad y la comunicabilidad”.

Por ello afirmamos que la práctica ciudadana constituye un modo específico de aparición de los individuos en el espacio público caracterizado por su capacidad de constituirse en sujetos de demanda y proposición respecto de diversos ámbitos vinculados con su experiencia. Recuperamos en esta perspectiva proposiciones desarrolladas en el marco de la filosofía política que postulan que “es su relación con la cosa pública lo que constituye al ciudadano [...] El sujeto político no preexiste a ese acto que es inseparablemente acto de habla y acto político. Desde ese momento, el personaje filosófico del ciudadano no es una esencia estable, perenne o definitivamente perdida en el nunca más, sino un riesgo a retomar, un gesto a reencontrar, un posible que ha tenido lugar y que puede reproducirse [...]” (Vermeren, 2001: 26).

Así entendida, la ciudadanía se hace presente en nuestras sociedades en las movilizaciones y prácticas articuladas en torno a la demanda por derechos pero no se agota allí. Se plasma en la voluntad pública de individuos y grupos de ser y contar, de tener arte y parte en las decisiones que afectan a la vida en sus múltiples dimensiones, cuestionando visiones reduccionistas que asocian la marginación a aspectos puramente económicos y que niegan la complejidad identitaria que nos constituye como individuos. La ciudadanía, en tanto praxis, cuestiona la organización desigual de las relaciones sociales en su conjunto que conlleva la subordinación de unos al poder de otros. Cuestiona incluso la definición de lo que es político o no lo es y las legitimidades prescriptas para actuar en ese terreno: entre ellas, la de las mujeres que afirman la politicidad de la vida privada; la de los pueblos originarios que denuncian la existencia de estados nacionales que aún conservan la marca de la exclusión colonial; la de los migrantes que rechazan el ser colocados en los márgenes de la cosa pública siendo sólo aceptados –cuando lo son– como fuerza de trabajo sobre-explotada.

Esa irrupción de la ciudadanía se produce en una época en la cual es imposible pensar el espacio público al margen de las tecnologías de información y los medios masivos. Es por esa razón que la ciudadanía no puede prescindir de hacerse visible en esos medios. Pero ocurre que el ingreso cotidiano del sufrimiento, de las aspiraciones y reivindicaciones de otros modos de vivir en los medios masivos hegemónicos, es formateado en los medios masivos hegemónicas bajo sus propias lógicas técnicas, ideológicas y mercantiles lo que suele hacerles perder su capacidad revulsiva llegando a

transformar las situaciones que se exhiben –por movilizadoras que puedan parecer–, en “aprobématicas” (Bauman, 2002: 259).

La enorme capacidad de los poderes mediáticos para recuperar e incluso banalizar las voces que demandan y proponen desde situaciones de exclusión y desigualdad, pero también desde perspectivas innovadoras y emancipatorias, representa una verdadera limitación del ejercicio político de la ciudadanía por los condicionamientos con que esas voces tienen que expresarse y las manipulaciones a que se las somete. Y también es limitante la fragmentariedad con que ellas pueden pronunciarse en los medios hegemónicos, el carácter episódico que siempre adquieren los reclamos y luchas, su transformación en relatos más o menos violentos, espectaculares o morbosos.

En ese horizonte y desde esta figura de la ciudadanía que recupera para la política una profunda clave cultural y comunicativa, es que ubico la vigencia de la comunicación popular en tanto palabra adversativa, expresiva de proposiciones que confrontan el orden injusto estatuido y pugnan por pronunciarse en la esfera pública y en tanto prácticas orgánicas a esa voluntad. Es desde ahí que pienso –teniendo en cuenta los trayectos recorridos–, los actuales desafíos.

Uno de ellos tiene que ver con el sentido que adquiere, para la construcción de poder democrático, el reconocimiento de la diversidad de opresiones y exclusiones que se sufren en nuestras sociedades y de la diversidad de demandas y estrategias con que ellas se enfrentan. Si bien es cierto que los particularismos pueden obstruir la acumulación de poder, no es menos cierto que ignorar o minimizar las múltiples maneras, los innumerables lugares desde los que se cuestiona el orden discriminatorio que hoy existe, puede seguir contribuyendo a reforzar exclusiones. En ese sentido, la comunicación popular resulta clave para la emergencia de grupos y movimientos que pugnan por manifestarse; para dar cabida a la pluralidad de expresiones que reivindican otro orden posible.

La afirmación es fácil de hacer pero encuentra dificultades para concretarse. Reconocer el derecho a la diferencia y a la expresión de las diferencias suele ser más difícil que favorecer la aparición pública de los iguales, porque existen con prejuicios y limitaciones ideológicas y también dificultades pragmáticas en la operación de medios o en la organización de las interacciones. Pero sin esa pluralidad no se construye la necesaria polifonía que debe expandirse innovadoramente para poder encontrar la equivalencia entre demandas y luchas. Además, si la comunicación popular no abre cauces para ellas, es muy probable que la variedad de voces que quieren hacerse oír, las ciudadanías que emergen desde reclamos muy particulares, desde confrontaciones estéticas, desde nuevas sensibilidades, busquen otros cauces mediáticos en los cuales las lógicas mercantiles pueden –como decía antes– llegar a acallar su posible carácter revulsivo. De ese modo, y aún sin proponérselo, las prácticas y medios populares pueden llegar a ejercer un tipo de control de la palabra similar al que dicen rechazar.

En cambio, si se acepta ese desafío, se impone inmediatamente otro. La comunicación popular debe pensarse como espacio de agregación. Por minúscula o irrelevante que parezca una demanda, una impugnación al poder existente o una propuesta de transformación, ella debe encontrar su lugar en una trama mayor de voces. Es decir, un lugar para dialogar con otras demandas y propuestas. Si desde el poder se opera para asegurar el aislamiento en la individualidad y la particularidad, si en los medios masivos los casos aislados no permiten comprender las causas que los producen y mucho menos tejer correlaciones y entrever estrategias colectivas, las prácticas de comunicación popular –no importa su mayor o menor masividad en términos técnicos–, deben pensarse como puentes que permitan reconocer parentescos y establecer

convergencias y que, al mismo tiempo, permitan que se expresen las contradicciones y hasta los antagonismos irreductibles.

En ese sentido, creo que la comunicación popular debe disputar a los medios de comunicación hegemónicos lo que me gusta llamar el *trazado* del mapa de la ciudadanía. Contra la proliferación de individuos y colectivos aislados entre sí que reclaman en pantallas y ondas por su sufrimientos; contra la irrupción también parcial de propuestas, lo que nos toca hacer visible es una urdimbre hecha con hilos de diferente espesor y color pero capaz de entretrejerse diseñando combinaciones que alteren los lugares y jerarquías establecidas en las prioridades de gobernantes, en las agendas mediáticas, en las ofertas culturales del mercado. Ese nuevo mapa, ese nuevo territorio sonoro, gráfico, visual, escénico, debe posibilitarnos comprender las regularidades y conexiones que existen entre los diferentes tipos de exclusión y la posibilidad de colectivizar las alternativas de inclusión y equidad.

En el mismo sentido, es decir, si se asume el reto de favorecer la agregación y fortalecer las luchas democráticas, tal vez como nunca la comunicación popular debe disputar las agendas políticas y culturales que se construyen desde los medios hegemónicos, proveyendo aquello que hace muchos años Herbert Schiller denominaba la información “socialmente necesaria”. Una información sin la cual se profundiza la brecha que existe entre quienes tienen los recursos técnicos para recolectar datos, analizarlos y decidir luego sobre su uso y difusión y los “infopobres” (Ford, 1999: 117-171).

El fortalecimiento de las luchas democráticas requiere de un cada vez más denso trabajo en la producción de información relevante acerca de las causas de las múltiples exclusiones y de la intolerancia y la represión de las diferencias. Requiere de un proceso creciente de informatización que recupere el saber vivido y le permita nutrirse de los conocimientos a menudo inaccesibles que son imprescindibles para imaginar nuevos órdenes económicos, políticos y culturales. Existen hoy un conjunto de herramientas tecnológicas de las que se carecía en otras épocas. Ellas deberían utilizarse para generar conocimiento pertinente y situado que fortalezca la voz ciudadana, sus demandas y propuestas.

Esas herramientas deben servir, además, para materializar el carácter mediador y articulador de la comunicación popular. La ciudadanía emergente, por su carácter de tal, es fluctuante e inestable, no tiene muchas veces el carácter orgánico o institucional que se requiere para acumular fuerzas. Las prácticas y medios populares pueden ser archivo de datos, de memoria viva de las luchas, amplificadoras a niveles nacionales, regionales e incluso internacionales de protestas, demandas y propuestas. Pueden ser lugar de convocatoria para articulaciones diversas entre actores sociales y políticos e incluso entre ellos y el estado en los países donde es posible. Articulaciones que renueven la organicidad ciudadana y democrática de esas prácticas en tanto buscan la construcción de diálogos y alianzas para poner en cuestión los lugares asignados por el poder a quienes no lo tienen.

En ese terreno, las luchas por los derechos a la información y la comunicación emergen como un campo de acción inexorable para la comunicación popular. No sólo porque las políticas públicas de comunicación dominantes ponen en inferioridad de condiciones y hasta en riesgo su propia existencia, en especial cuando se emplean medios audiovisuales. También porque los medios masivos, al modelarnos históricamente como públicos, naturalizaron su legitimidad como depositarios de ese derecho colectivo.

En América Latina, y más allá de la voluntad política de algunos gobiernos nacionales, han sido organizaciones de comunicación popular las que han cuestionado

esa legitimidad liderando con distintos alcances movimientos de democratización de la comunicación. El desafío, en este caso, reside en no confundir logros y victorias legislativas con la transformación del orden hegemónico. Es cierto que sin instrumentos jurídicos que garanticen derechos es impensable la equidad. Pero también es cierto que esos instrumentos –y lo sabemos bien en los países donde los hemos conseguido–, son un momento más de la confrontación. Una instancia que debe sostenerse, consolidarse y ampliarse cotidianamente.

En ese marco, la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual promulgada en 2009 en nuestro país con amplia movilización y participación ciudadana, que garantiza una reserva del 33% del espectro electromagnético para medios sin fines de lucro, representa un considerable avance. La comunicación popular cuenta desde entonces, en lo referido a medios audiovisuales, con mejores condiciones legales para desarrollarse. Pero ella, insistiré al final de estas líneas, excede esos medios y sus posibilidades de operación técnica e institucional. La comunicación popular sigue siendo expresión del conflicto, enunciación de las palabras que lo nombran como única posibilidad de ejercicio de la política y de la profundización democrática.

Bibliografía

ALFARO, Rosa M., “Prólogo”, en *Comunicación, política y cultura, Escenografías para el diálogo*, Calandria, Lima, 1997.

Alfaro, Rosa M., *Otra brújula. Innovaciones en comunicación y desarrollo*, Calandria, Lima, 2006.

BAUMAN, Zygmunt, *La sociedad sitiada*, FCE, Buenos Aires, 2002

BOURDIEU, Pierre, *Sociología y Cultura*, Grijalbo, México, 1990.

CALETTI, Sergio, “¿Quién dijo república? Notas para un análisis de la escena pública contemporánea” en *Versión* N° 10, UAM-X, México, 2000.

Dagnino, Evelina, “Concepciones de la ciudadanía en Brasil: proyectos políticos en disputa”, en Cheresky, Isidoro (comp.), *Ciudadanía, sociedad civil y participación política*, Miño y Dávila, Buenos Aires, 2006.

FESTA, Regina, “Elementos para una análise da comunicação na América Latinas: perspectivas para os anos 90” en Caffarel Carmen, Bernete Francisco y Vicente Baca (eds.) *Primer encuentro de Almagro; Comunicación y movimientos sociales*, U.Complutense y otros, Madrid, 1991.

FORD, Aníbal, *La marca de la bestia*, Norma, Buenos Aires, 1999.

Garretón, Manuel A., “Democracia, ciudadanía y medios de comunicación. Un marco general”, en AAVV *Los medios, nuevas plazas para la democracia*, Calandria, Lima, 1995

GEERTS, Andrés y Van Oeyen, Víctor, *La radio popular frente al nuevo siglo: estudio de vigencia e incidencia*, ALER, Quito, 2001

GIMÉNEZ, Gilberto, “Notas para una teoría de la comunicación popular” en *Christus*, Año 43, N° 517, México, 1978.

GONZAGA MOTTA, Luis, “Cultura de resistencia y comunicación alternativa popular en Brasil”, en AAVV *Comunicación y democracia en América Latina*, FLACSO-DESCO, Lima, 1982.

GONZAGA MOTTA, Luis, “Comunicación popular: contradicciones y desafíos” en *Chasqui* N° 8, CIESPAL, Quito, 1983

HAMELINK, Cees, “Un solo mundo: el mercado de las corporaciones transnacionales” en AAVV, *Por una información libre y liberadora*, CELADEC, Lima, 1982.

LECHNER, Norbert, *Qué significa hacer política*, DESCO, Lima, 1982

- LINS DA SILVA, Carlos E., "Las brechas de la industria cultural brasileña" en Festa Regina y otros, *Comunicación popular y alternativa*, Ed. Paulinas, Buenos Aires, 1986.
- LÓPEZ VIGIL, José I., "Comunicación popular en tiempos liberales" en *Envío* N° 134, U. Centro Americana, Nicaragua, 1993.
- MARTÍN BARBERO, Jesús, "Comunicación popular y los modelos trasnacionales", en *Chasqui* N° 8, CIESPAL, Quito, 1983.
- MARTÍNEZ, Hernando, "El contexto de la comunicación popular y la comunicación alternativa" en *Cultura popular* N° 3-4, CELADEC, Lima, 1982
- MATA, María Cristina, "¿La alternativa legalizada? Una lectura precavida del Informe Mac Bride", en AAVV, *Por una información libre y liberadora*, CELADEC, Lima, 1982.
- MATA, María Cristina, "Cuando la comunicación puede ser sentida como propia", en AAVV, *Comunicación y culturas populares en Latinoamérica*, Felafacs-G. Gilli, México, 1987.
- MATA, María Cristina, "De la exclusión a la presencia", (mimeo), 1987.
- MATA, María Cristina, "Lo masivo, ámbito cultural de la comunicación popular" (mimeo), Lima, 1991
- MATA, María Cristina, "La búsqueda de alternativas 25 años después", en Giardinelli Mempo, Savio Roberto y otros, *Democratizar las comunicaciones*, Inst.de la Comunicación e Imagen U. de Chile y Embajada de Francia, Santiago de Chile, 2007.
- MATA, María Cristina, "La construcción de poderes desde las radios populares: nuevos desafíos político-comunicativos" en Gerbaldo Judith y otros (coords.) *Todas las voces todos*, Farco-Afsca-Min.Desarrollo Social, Buenos Aires, 2010.
- MATA, María Cristina, "Comunicación y ciudadanía. Dilemas pendientes" en Alem Beatriz y Ameigeiras Aldo (eds.), *Culturas populares y culturas masivas: los desafíos actuales a la comunicación*, UNGS, Los Polvorines, 2011.
- MATTELART, Armand, *Multinacionales y sistemas de comunicación*, Siglo XXI, México, 1977.
- MOUFFE, Chantal, *En torno a lo político*, FCE, Buenos Aires, 2007.
- Munizaga, Giselle, *Algunas problematizaciones en torno al tema de la democratización de las comunicaciones*, CENECA, Chile, 1983.
- OSSANDÓN, Fernando, "La comunicación popular en la democratización de la comunicación en Chile", en Varios, *Comunicación popular educativa*, CIESPAL, Quito, 1984.
- PAIVA, Alfredo, "A manera de introducción", en AAVV, *Por una información libre y liberadora*, CELADEC, Lima, 1982.
- Programa de Legislaciones y Derecho a la Comunicación, *Informe Final (2010) Diversidad y Pluralismo en la Radiodifusión*, AMARC-ALC, México 2011.
- RODRÍGUEZ BRANDÃO, Carlos, "El poder de la palabra" en Varios, *Comunicación popular educativa*, CIESPAL, Quito, 1984.
- SCHILLER, Herbert, "La avanzada tecnología de las comunicaciones ¿podrá crear un nuevo orden?" en AAVV, *Por una información libre y liberadora*, CELADEC, Lima, 1982.
- VERMEREN, Patrice, "El ciudadano como personaje filosófico" en QUIROGA Hugo, VILLAVICENCIO Susana y VERMEREN Patrice (comps.) *Filosofías de la ciudadanía. Sujeto político y democracia*, Homo Sapiens, Rosario, 2ª.ed., 2001